

PRÓLOGO

LA CHICA QUE LLORABA AL SUBIR AL AUTOBÚS

por David G. Panadero

director de la colección Off Versátil

Muchos son los que han aplaudido el atrevimiento de Empar Fernández. Respecto a su anterior novela, *La mujer que no bajó del avión*, se han leído comentarios como ¡novela negra sin crimen! En *La última llamada* se amplían estas expectativas, y no precisamente porque en las páginas de Empar no haya crimen, que lo hay, sino porque su escritura delicada e inteligente interroga acerca de las consecuencias del acto violento y las pasiones enfermas, en lugar de embrutecernos con las consabidas tablas de carnicero. Esta capacidad para profundizar en la conciencia de sus personajes es sin lugar a dudas uno de los rasgos distintivos de la autora, que además, porqué no decirlo, define su registro puramente femenino.

En la novela que vais a leer Empar Fernández regresa a ambientes que le son ya familiares: los barrios periféricos de Barcelona, esos que de verdad han sufrido la crisis, la zona industrial de L'Hospitalet, abandonada y siniestra, la precariedad laboral y el malestar social como telones de fondo. Una chica se acaba de examinar de Selectividad y lo celebra con los amigos en una discoteca, pero su novio no sabe, no quiere estar a la altura: en lugar de acompañarla prefiere colocarse y continuar la fiesta a su aire. Ella subirá sola al autobús nocturno después de llamar a su padre, que no atenderá esa última llamada; bastante tiene con lo suyo, el reparto con la furgoneta, menos de cinco horas diarias de descanso seis días en semana... Lo que le pase a Noemí en los minutos posteriores a subir al autobús, su paradero definitivo, es el misterio que traerá de cabeza a todos en la novela y obsesionará al padre hasta el punto de consultar a

una vidente... Una mujer misteriosa y autoritaria, Samantha Damon, protagonista de un espectáculo televisivo en el que contacta con el Más Allá. Ella asegura tener las respuestas que tanto necesita la familia de Noemí.

Como hiciera Fritz Lang en sus mejores películas, Empar toma el acto violento como punto de partida para habilidosamente llevarnos a otro terreno, más reposado pero igualmente doloroso. Lo que podría haber sido la enésima investigación rutinaria o la exhibición de un forense superdotado da pie aquí a una novela profundamente romántica, en el sentido más peligroso del término. Recordemos que la novela gótica —que era al fin y al cabo la expresión más radical del romanticismo— fue un género muy femenino, a menudo escrito por mujeres y casi siempre leído por ellas. Malos instintos, pasiones desbocadas, ambientes falsamente esotéricos, y, como en las mejores óperas italianas, la fuerza del destino empuja incluso contra su voluntad a los personajes de *La última llamada*.

La mujer que no bajó del avión nos hablaba de la culpabilidad, de cómo esta podía arrasar una vida. A este tema, que se repite como un obsesivo *leitmotiv*, Empar Fernández añade otro en *La última llamada*: nuestro límite a la hora de aguantar el dolor, la pérdida de un ser querido, y de qué forma ese dolor nos hace más sensibles y casi siempre más vulnerables. Pero la autora no se limita a exponer lo que es evidente, con mano maestra compondrá la trayectoria de los distintos personajes, que —seguimos con la comparación lírica de la fuerza del destino aunque los más escépticos pueden hablar de simple azar— acaban dibujando círculos concéntricos, lo que supone un acierto total de estructura narrativa. Unos se quedan anulados por el dolor, anestesados por *whisky*, pastillas... Otros buscan la salida aún a costa de grandes esfuerzos. Y no faltan los que emplean ese conocimiento tan preciso del dolor para herir a los demás.

PRIMERA PARTE

Noviembre de 2012



Salió de casa muy pronto, a primera hora de la tarde y sin la acostumbrada cabezada en el sofá que le ayudaba a sobrellevar el madrugón diario. Necesitaba aire fresco, rumor de voces, asfalto. Los secretos le asfixiaban y no encontraba arrestos para volver a mentir. Tenía la sensación de que llevaba demasiado tiempo inmerso en un engaño. Algo más de tres años desde aquella primera y lejana media verdad. No quería dar explicaciones y no las dio, simplemente le anunció a su esposa que volvería a la hora de cenar y le rogó que no sufriera si se retrasaba. Marisa lo miró con extrañeza, quizás con cierta contrariedad; Julio pudo leerlo en sus ojos, pero no preguntó.

En la calle hacía frío y el viento que subía desde el mar despejaba de transeúntes las aceras. Era un atardecer verdaderamente desapacible, aunque hacía tiempo que Julio apenas reparaba en ciertas cosas. Ya no le molestaba la lluvia pertinaz y habían dejado de alegrarle los días especialmente luminosos.

Les Corts era uno de los pocos barrios que apenas conocía, nunca le asignaron esa ruta, pero no tardó el localizar el portal en el que se hallaba la consulta de Samantha Damon, muy cerca del Camp Nou y del edificio de la Maternitat, en un inmueble de cierto porte venido fatalmente a menos. Buscó entre la hilera de ventanas de la segunda planta, pero nada permitía distinguir unas de otras. Se alejó.

Había salido de casa demasiado pronto y necesitaba dejar correr el tiempo hasta bien entrado el anochecer. Tenía

dos horas de vacío por delante. Dos horas que pensaba dedicar por completo a intentar serenarse y a comprender la razón por la que estaba allí, a punto de consultar a una médium. Algo que años atrás le hubiera parecido un verdadero disparate propio de personas fáciles de engatusar.

Localizó un bar junto a una plaza pequeña y recogida a pocas manzanas. Ni un alma en los bancos y solo un par de madres custodiando de cerca a sus criaturas junto a los modernos columpios de colores. Una de ellas saltaba sobre sus pies para alejar el frío, la otra apremiaba a su hija que se demoraba en el balancín y no parecía tener ninguna prisa por llegar a casa. Pidió un *whisky*. Lo necesitaba. Ya habría tiempo para aparcar el alcohol. Uno no puede luchar a la vez en todos los frentes.

Quizás la médium, la mujer clarividente, la que aseguraba tener la facultad de hablar con los muertos y conocer el paradero de los desaparecidos, fuera la clave. Lo esperaba todo de ella, demasiado bien sabía que no podía esperar nada de nadie más. Era su clavo ardiendo.

La experiencia televisiva había sido un verdadero fiasco y el interés de la prensa, que volvió a ocuparse de Noemí en el tercer aniversario de su desaparición, tampoco había aportado nada nuevo. Por otra parte la policía había investigado el asunto de la gasolinera aragonesa y había contrastado sin éxito los datos proporcionados por las numerosas asociaciones integradas por familiares y amigos de personas que parecían haberse desvanecido y de las que Julio era un miembro activo. Por el momento todo esfuerzo había sido en vano. Incluso los detectives privados habían abandonado recientemente el caso, incapaces de hallar nuevos indicios.

Julio llevaba casi tres años viviendo como en una cripta. Marisa, su mujer, permanecía ausente en todo momento, perdida en una consoladora duermevela inducida. Fár-

macos para dormir y para despertar, para moverse y para quedarse quieta, para alejar la angustia y para sentirse viva solo a medias. Nunca demasiado viva. Se sobreponía a los días infinitos y a las eternas noches, siempre olvidada de sí misma. Completamente extraviada. Casi un espectro. Una sombra. Una mera presencia que a veces, en un descuido, requería en voz alta la presencia de Noemí para poner la mesa o retirar la ropa del tendedero. Una frágil presencia que rompía a llorar hasta ingerir la píldora siguiente, cerrar los ojos y esperar.

Por el contrario, Yolanda, su hija mayor, llevaba meses, años quizás, haciendo cuanto podía por escapar de un piso diminuto y habitado por fantasmas. Ocupada en mil cosas, Yolanda regresaba diariamente tarde, muy tarde. Saludaba a sus padres, cenaba de prisa y corriendo y, con cualquier pretexto o sin él, se confinaba en su cuarto y no volvía a salir. Julio sabía que Yolanda no podía soportar tanto dolor como se escondía en cada uno de los rincones de aquel piso que siempre resultó pequeño y que, de un día para otro, se quedó grande. Muy grande. Un enorme y desolado páramo de sesenta metros cuadrados cuyos ocupantes habían perdido todo interés por encontrarse.

Y siempre aquella enloquecedora sensación de encontrarse en un callejón sin salida. Siempre, siempre, siempre aquella obstinación que lo consumía, aquella nula disposición a darse por vencido. Aquel puto empeño imposible que no concedía tregua ni perdonaba.

·II·

El segundo *whisky* hizo que entrara en calor, le proporcionó cierta relajación y durante un rato el tiempo pasó sin sentir entre el televisor, la conversación de los clientes habituales en la barra y la contemplación de la plaza casi desierta. En la pantalla una agente de ojos grandes y cola de caballo, a la que recordaba haber visto en alguna otra ocasión, hablaba del cadáver que habían localizado en las estribaciones de Collserola y que pertenecía a una mujer joven de estatura elevada y cabello largo y rubio que había sido apuñalada hasta morir. Las imágenes del cadáver de la joven cubierto por la manta térmica bajo la que asomaba el extremo de una melena muy clara acompañaban a las observaciones de la portavoz de la policía que añadía que el cuerpo de la mujer, que parecía llevar varios días sin vida, había sido arrojado desde la carretera y descubierto casualmente por unos viandantes que acertaron a pasar a pocos metros.

Como le ocurría cada vez que captaba al vuelo una noticia parecida, durante unos instantes un puño le atrapó el corazón. Pero la estatura elevada y el cabello rubio de la mujer repetidamente apuñalada le ayudaron a descartar a Noemí. No era ella. Aunque el color del cabello podía cambiar a voluntad, nadie hubiera dicho de Noemí que era una mujer alta. Estaba totalmente seguro de que no era ella. Se tranquilizó y maldijo interiormente a todos y cada uno de los asesinos de mujeres, desvió la mirada de la pantalla y de nuevo contempló la plaza. En el extremo opuesto, casi en una esquina, un joven con anorak y gorra de lana rebuscaba en un contenedor con ayuda de una barra metálica. Junto a él un carro de supermercado con diarios, cartones y piezas de metal. Una extraña forma de pudor hizo que apartara la vista y la fijara en el vaso mediado.

No pudo evitar evocar el último episodio, el más reciente y uno de los más penosos, de aquel calvario que le había tocado vivir, la entrevista con Darío Andrade. Recordaba cada paso, cada sensación, cada palabra. Podía revivir cada momento de aquel interminable infierno.

—*Tenemos preparado el informe*— le había anunciado días atrás una voz femenina—. *Si puede usted pasar mañana por la tarde... Sí, sí, a eso de las seis está bien. Lo anoto, ¿de acuerdo? El señor Andrade lo recibirá personalmente. Hasta mañana.*

Y Julio no tuvo que consultarlo dos veces. Era su prioridad. Cada vez más a menudo se preguntaba qué sentido conservaría su vida el día en que, definitivamente derrotado, dejara de buscar a su hija menor. Sentía miedo de sí mismo, miedo del miedo que era capaz de sentir. Tanto, tanto miedo que a veces necesitaba unas copas. Dos, tres... En ocasiones alguna más. Aquella tarde, mientras recordaba cada uno de los pasos dados y aguardaba a ser recibido por la médium, era una de aquellas ocasiones.

Semanas atrás había atravesado la calle Aragón y comprobado en la placa bajo los timbres que aquel era el portal que buscaba. El nombre de Darío Andrade y el de su socio, Ernest Ribas, ambos detectives privados, resaltaba en letras negras y achatadas de trazo grueso sobre el metal dorado. Una placa elegante para un oficio que a Julio Monteagudo se le antojaba algo sórdido. Lo era. Sin duda. Sentía las piernas flojas y la condenada angustia que ya no le abandonaba instalada en el pecho como un órgano más. Una víscera molesta e inextirpable quirúrgicamente. La maldita angustia.

Su imagen en el espejo del ascensor le había parecido lastimosa: los hombros caídos, la barba ya blanca y algo crecida desde el afeitado de primera hora de la mañana, las enormes bolsas bajo los ojos que apenas conservaban luz propia, la camisa clara y la vieja chaqueta azul de pun-

to... Podía recordar perfectamente su rostro en el espejo. Lamentable.

La chica que le atendió, la misma con la que había hablado por teléfono, le rogó que esperara unos minutos antes de precederle pasillo adelante hasta una sala de espera diminuta en la que cuatro sillones negros, demasiado grandes y demasiado bajos, invitaban a permanecer de pie en el escaso espacio disponible. Sobre una mesita descansaban un puñado de revistas con cubiertas de cartón.

No sintió curiosidad.

En la sonrisa fugaz que le dedicó antes de dejarlo a solas Monteagudo creyó adivinar un vestigio de compasión, de lástima. Estaba tan acostumbrado a suscitar la compasión ajena que creía reconocerla en todas partes. En todas las caras, en todos los gestos, en las palabras, en las miradas. A cada paso que daba.

Reparó en un cuadro, lo contempló largamente. Era un galeón a merced de una tormenta. Una mala réplica de un mal cuadro. Con el vaso de *whisky* entre los dedos y la vista más allá de la plaza, Julio lo recordaba como si lo tuviera delante, como si pudiera verlo. Recordó haber pensado que, a diferencia de lo que ocurría en su vida, las tormentas siempre acababan por pasar.

Darío Andrade le había tendido la mano desde el umbral de su despacho. Vestía traje oscuro sobre camisa oscura, zapatos cómodos y un reloj enorme en la muñeca. Impecable. Julio, en su abandono, se había sentido mal. Incómodo. Fuera de lugar. La sonrisa de cortesía del detective no le permitió adivinar nada. Se apresuró a corresponder estrechando su mano y le siguió hasta un despacho en el que diplomas y acreditaciones alternaban con algún reportaje periodístico cuidadosamente enmarcado de los supuestos aciertos de la agencia de investigación. Podría repetir sin esfuerzo algunos de los titulares.

Aquella tarde, semanas tras, Julio tomó asiento y esperó. Recordaba que Andrade había permanecido de pie unos instantes, los necesarios para localizar sus gafas, recuperar una carpeta marcada con el nombre de Noemí y la fecha de su desaparición y echar una ojeada breve a su contenido. Una mera formalidad. Poco después se había sentado y levantado la vista del papel. Andrade había enfrentado la mirada de Julio. Probablemente no lo hubiera hecho de haber podido evitarlo.

—Verá, señor Monteagudo. Nosotros damos el encargo por finalizado. De hecho ya sabe usted, más o menos, cómo están las cosas. Como podrá comprobar hemos avanzado poco. Este es el informe que puede usted repasar con toda tranquilidad.

—Pero... —intentó replicar.

—Sí, ya sé. No se preocupe. Le explico lo que hay. Solo quería que quedara claro que no podemos hacer nada más.

El detective hizo una pausa.

—Tal y como acordamos cuando usted vino aquí, empezamos por analizar el procedimiento policial. Hemos verificado cada paso del equipo de los Mossos d'Esquadra que llevó el asunto, cada entrevista, cada testigo. Conozco personalmente al subinspector Recasens, que dirigió la investigación, es un hombre competente, riguroso, fiable, de los que no dejan cabos sueltos. No hemos detectado errores. Ninguno. Tuvimos acceso a las imágenes de las cámaras del interior y de la fachada del local nocturno y lo que vimos se ajusta exactamente a lo que los Mossos hicieron constar en el informe del caso. Hora de llegada, conducta de Noemí en el interior del local, hora de salida... La pista de Noemí se pierde definitivamente cuando a la una y media de la madrugada abandona el local y lo hace sola. Es una zona industrial y no hay cámaras en las proximi-

daes. Noemí tampoco aparece en las imágenes captadas en los cajeros automáticos más cercanos, ni en los alrededores ni en las proximidades de la estación del Carrilet. No tenemos pruebas de que alguien la siguiera.

—Pero usted dijo que...

—Dije que removeríamos cielo y tierra y así ha sido. Todo cuanto hemos hecho consta aquí, en esta carpeta—había señalado el detective palmeando el portafolios de cartón.—Hemos verificado cada paso, hemos interrogado de nuevo a las amigas que estaban con ella en la discoteca, a Sergio Alcaide, el novio de su hija, al camarero que la atendió, a los efectivos de seguridad... Hemos llegado a saber lo que ya descubrió la policía, que Noemí se enfadó con Sergio porque él se metió... perdone el lenguaje, pero...

—No importa, sé lo que va a decir —había asegurado Julio en aquel instante elevando la mano y haciendo una filigrana desmadejada en el aire—. No importa.

—Noemí se enfadó porque Sergio se metió un par de trips con ayuda de algún cubata, y se colocó. Por lo que sabemos el chico era un comprador habitual de pastillas.

Julio asintió.

—El caso es que discutieron en presencia de sus amigas y que Noemí se alejó de él. Poco después, y perdone que lo diga, probablemente más que harta del impresentable que tenía como acompañante, Noemí dijo que se iba y se marchó. Nadie la acompañó, sus amigas, Bea y Raquel, se retiraron mucho más tarde y a Sergio tuvieron que invitarle a salir.

Con el vaso a la altura de los labios contemplando una plaza desierta, Julio recordó que cuando su vida saltó por los aires acababa el mes de junio. Había sido un curso duro y Noemí y sus compañeros habían finalizado las pruebas de Selectividad. A la espera de los resultados pretendían

dejar atrás las largas horas de estudio y reclusión. Noemí estaba satisfecha, convencida de que aprobaría y de que podría conseguir la deseada plaza en la Facultad de Derecho. Sintió el apuntar de una lágrima y cabeceó como si al hacerlo pudiera alejar los recuerdos. Para Julio todo tiempo pasado fue mejor, mucho mejor.

—Pero usted dijo que siempre aparecían testigos, que probablemente alguien recordaría... —replicó.

—Sé lo que le dije, lo sé perfectamente —zanjó Andrade aquella tarde al tiempo que se incorporaba en el asiento y golpeaba repetidamente con un bolígrafo sobre la mesa—. Generalmente es así, aparece alguien y a menudo aporta un dato nuevo. También lo ha sido en este caso, como podrá comprobar. Pero ya llegaremos a ello. Mi equipo localizó a los empleados de seguridad que custodiaban el acceso a la sala aquella noche. La policía los interrogó en su momento. Uno de ellos recordaba la desaparición de Noemí. Nos dijo que se fijó en ella y que no tenía cara de haberlo pasado demasiado bien. Recordaba que se había alejado completamente sola en dirección a la Avenida del Carrilet. Tampoco advirtió la presencia de alguien que pudiera seguirla.

—Por allí pasa algún autobús nocturno. Parece lógico pensar que...

—Sí, eso es lo que hemos alcanzado a deducir y lo que también concluyó la policía, que se dirigía a la parada de autobús. Los ferrocarriles no funcionan de madrugada, no a esas horas, y si Noemí quería regresar a casa lo lógico era utilizar un autobús nocturno. Ya le digo que la policía también contempló esa posibilidad.

—¿Entonces?

—Piense que hemos entrevistado a todos y cada uno de los conductores de autobús que cubrían el horario nocturno en el verano de 2009. Lo único que podemos añadir

a lo que llegó a saber la policía es que uno de los conductores, César Huertas, que no habló en su momento, recordaba a la chica y creía haberla visto aquella noche.

En ese momento Andrade había acariciado el reloj que descansaba en su muñeca antes de proseguir. A Julio le había dado un vuelco el corazón.

—La recordaba, pero vagamente, muy vagamente. No se dirigió a la policía porque no tenía la seguridad de que fuera ella. Y porque, por lo que hemos podido deducir no quería el menor trato con los Mossos. Habló con mi ayudante porque es poco más que un crío, tiene cara de friki y le aseguró que era un primo de la chica y que la andaba buscando por su cuenta y riesgo.

—¿Qué autobús...? —había querido saber Julio.

—El N2, un nocturno que atraviesa L'Hospitalet y Barcelona y llega hasta Badalona. Suben muchos jóvenes con ganas de jarana y a menudo los conductores se las ven y se las desean para finalizar el trayecto en paz. Según pudimos verificar, Huertas cubría la línea aquella noche. Como era lógico fue interrogado por la policía, pero no abrió la boca. Le aseguro que tampoco hablará con usted.

—¿Recuerda dónde bajó?

—No. Solo recuerda que subió y que se sentó en uno de los asientos posteriores. Fue lo último que sabemos de ella.

—¿Dijo algo más?

—Sí, dijo que Noemí lloraba cuando subió al autobús. Por eso la recordaba, porque le llamó la atención.

El detective hizo una pausa, se acercaba al final de su informe y era un momento delicado. Julio, apurando su segundo *whisky* sin hielo y esperando para ser recibido por una médium, revivió la intensidad de su impaciencia. Sin poder evitarlo apoyó la pierna derecha sobre la punta del pie e inició un movimiento corto y continuo, una especie de temblor del que apenas era consciente.

—Verá, Julio —había proseguido el detective— eso es todo lo que puedo decirle

—¿No pueden ustedes seguir algún...?

Darío Andrade, que esperaba esas palabras u otras parecidas, había negado con convicción.

—No, no podemos seguir. Está todo aquí.

Andrade palmeó de nuevo la carpeta que contenía el informe detallado de todas las actuaciones llevadas a cabo desde la agencia y la factura a abonar por los servicios. Julio recordaba haber adelantado una mano en un gesto de rechazo, como si no quisiera recibir la información que Andrade le ofrecía.

—Pero, yo creo que... —había insistido con una hebra de voz.

—No quiero robarle. No pienso aprovecharme de su desesperación. El caso sigue abierto y si surge algo nuevo, la policía se ocupará. Le aseguro que el subinspector Recasens se encargará de que así sea. Es un buen hombre y un buen policía. Sobre todo no actúe por su cuenta.

El investigador Darío Andrade había pulsado el botón que tiempo atrás hizo instalar bajo su mesa para situaciones como la que atravesaba en aquel momento. Julio no oyó timbre alguno. Recordó haber pensado que quizás se tratara de una luz, de un parpadeo en algún lugar. Instantes después el taconeo de la joven recepcionista anticipó su llegada.

—Silvia, acompaña al señor Monteagudo hasta la puerta.

Y aquella tarde la puerta escupió a un hombre vencido que se detuvo unos instantes en el rellano para acto seguido echar a andar escaleras abajo con una carpeta roja en la que destacaba el nombre de su hija:

Noemí Monteagudo Ibáñez.

Su hija menor, la chica que lloraba al subir al autobús. Al alcanzar la calle Julio no reparó en el cielo que se ru-

borizaba según avanzaba la tarde. Las manos en los bolsillos, la carpeta sin abrir bajo el brazo y en el pensamiento las palabras del conductor de autobús que afirmaba que Noemí lloraba cuando subió al vehículo. Quizás fue en el autobús de camino a casa cuando Noemí intentó hablar con él, con su padre.

Julio había recorrido aquella tarde de mediados octubre las calles casi desiertas hasta alcanzar de nuevo la Plaza Universitat en la que los *skaters* rodaban con estrépito sobre los bancos, un par de chicos liaba un porro entre risas y un viejo arrimado a una farola canturreaba y apuraba sin remilgos un tetra brik. A su lado un perro grande, al que alguien había cubierto con una manta de cuadros rojos y negros, dormitaba indiferente al ruido y a la gente. Junto a él un cartón en el que unas palabras trémulas y ortográficamente escandalosas aseguraban que tanto el perro como su propietario pasaban hambre. Lo contempló como si formara parte de un mal sueño.

Sed desde luego que no, pensó Julio, que recordó haber apartado la mirada como si algo en la avidez del viejo mendigo ebrio le recordara demasiado a sí mismo.